¡*Olé! A la búsqueda de un Manifiesto Taurino*

I. La afición busca un Manifiesto.

Madrid, lunes, 12 de enero de 2026. Comenzó la temporada taurina en España. Se abrieron las taquillas de Las Ventas, el coso taurino más importante del mundo, para renovar los abonos de la plaza. La cola a las nueve de la mañana ya llegaba hasta la boca del metro. El día era oscuro, frío y lluvioso. Cientos de personas esperaban estoicamente su turno. Las taquillas no se cerraron ni para almorzar. Todo transcurrió sin incidencias. Todo era normalidad. Todo fluía como en una corrida de toros. Los aficionados a los toros son singulares; son maltratados por las empresas, los políticos, los ganaderos y, por supuesto, por los toreros, pero aguantan. Soportan todo lo que les echen. Son únicos. Son genuinos estoicos. Modelos de excelencia ciudadana. Son el sostén de un espectáculo, como dijera Antonio Díaz-Cañabate, "cruel y, por lo tanto, serio y fuera de las apetencias que dominan a la gente deseosa tan sólo de alegrías, aunque sólo sean superficiales y fugaces."[1]

Los aficionados son la frontera cariñosa para que la plebe ansiosa de "montones de felicidad diseñada no suprima" -cito de nuevo al gran continuador de la enciclopédica obra de Cossío, *Los toros*- "la esencia taurina asentada en la seriedad que se deriva de la emoción."[2] Esta afición ha logrado, mejor que peor, detener con su autoridad a las masas de público que pretendían imponer criterios circenses, frívolos e ignaros a la severidad de la corrida de toros. Las multitudes, poco a poco, han dejado de ser masas obtusas y retozonas de "felicidad pastiche", y se han cultivado en un arte, para algunos restos de una religión pagana, complejo y lleno de matices estéticos y morales.

El número de *aficionados*, escribo la palabra en cursiva para distinguirla del público de aluvión y risotada absurda, ha crecido en España como nadie hubiera sospechado hace décadas. Es la gran novedad social, la principal reacción ciudadana, contra la brutalidad totalitaria de los prohibicionistas de las corridas de toros. El número de jóvenes asistentes a las corridas es incomparablemente más alto que en el siglo pasado. Los toros no son ya un espectáculo de viejos. La juventud acude con más asiduidad a las plazas que en otras épocas. Su afán de aprendizaje sobre los mil intríngulis que encierra una corrida de toros sólo es comparable con la tenacidad de sus mayores por alcanzar una teoría sobre los toros. Viejos y jóvenes compiten por saber de toros. Se escriben y venden libros de toros como nunca. En las redes sociales se habla de toros; muchos aficionados escriben sus crónicas taurinas en blogs de Facebook u otras plataformas de Internet, como es el caso de Jesús Panadero o Álvaro Toribio; también son ejemplares las crónicas, los textos y las imágenes de Inés Montano en Instagram, que a veces ha llegado alcanzar más de diez millones de visitas. He ahí la aparición de una

[1] DÍAZ-CAÑABATE, A.: *El paseíllo por el planeta de los toros*. Salvat Editores, Madrid, 1970, pág. 106. Vid. DIAZ-CAÑABATE, A.: *Historia de una tertulia.* Editorial Castalia, Valencia, 1952. Cito por la edición de Espasa-Calpe, prologada por Francisco Umbral, Madrid 1978.
[2] Idem.

nuevo tipo de crítica taurina fresca y brillante, apasionada y muy culta. Independiente y libre. Esta novedad, lejos de poner en cuestión a los tradicionales comentaristas ligados a los viejos medios comunicación, es una espuela para ponerse al día no sólo al periodismo taurino sino a toreros, ganaderos y empresarios. En fin, el número de festejos taurinos ha crecido en toda España. Se vuelve a discutir con pasión de encastes y ganaderías. Los toreros y los toros son respetados. Hay un reconocimiento mayoritario de las corridas de toros.

La afición se mantiene y renueva. Resurge con nuevas fuerzas críticas. Los aficionados ejercen con sutileza su capacidad de vigilancia para que los toros no deriven en una patochada circense. El aficionado a las corridas de toros sospecha de los ganaderos y los toreros, de los empresarios y los políticos, de los presidentes de los festejos y de los veterinarios, de los críticos taurinos y de quien se presenta como experto para ocultar las miserias de un grandioso espectáculo. Sospechan de todo. Hacen bien. La desconfianza, el recelo y la suspicacia conforman el primer nivel de la reflexión taurina. La actitud crítica pareciera consustancial a los asistentes a las plazas de toros. Los aficionados a los toros no tiene comparación con los asistentes a otras representaciones teatrales. Siguen siendo la sal de las corridas de toros.

La conjetura del aficionado es menester elevarla a modelo de crítica ante la avaricia de los empresarios y la manipulación del espectáculo por parte de los políticos. También los toreros ventajistas y los ganaderos, especialmente los que malcrían toros sin trapío, deberían prestar atención al criterio de los aficionados. Respeto profundo deberían tenerles todos los que viven del toro, entre otras razones, porque hoy, a diferencia de lo que ocurría en el pasado, cada aficionado lleva a la plaza de toros un *Manifiesto* en su cabeza. Se trata de un breve y apasionado conjunto de creencias e ideas para defenderse de esos bárbaros que persiguen a quienes han desarrollado su juicio estético y moral en la experiencia taurina.

Ningún buen aficionado renuncia a escribir un *Manifiesto taurino*. Más aún, observo con entusiasmo la *necesidad* que tiene la mayoría de los aficionados de *teoría*, o sea, de enriquecerse moral y estéticamente no sólo con la asistencia a las plazas de toros, sino con la lectura de libros sobre los mil aspectos que rodean las corridas de toros. La meditación sobre los toros ayudándose de otras artes, como la poesía, el ensayo, la pintura, la escultura, el canto y el cante, la música y el baile, etcétera, es cosa singular que convierte al aficionado taurino en un espectador muy particular, casi un filósofo, sobre todo si lo comparamos con la actitud "pasiva" de los participantes en otros espectáculos. Se diría que los aficionados a los toros cultivan su gusto artístico con una estética o, al menos, aspiran a tener una teoría sobre las corridas de toros que no se da en otros espectáculos. Por eso, sí, tiendo a pensar que nunca ha habido en la historia de la tauromaquia tantos y tan buenos aficionados, preparados e inteligentes, como los de hoy.

¡Quizá exagero mi juicio sobre la afición! Quizá. Pero ahí, en esa demasía, hallo yo un estímulo, entre otros mil, para escribir contra la barbarie prohibicionista. Aplaudo a todo aficionado que eleva su parecer, su especial *teoría* sobre los toros, a canon taurino. Son seductores. Siempre elogiaré a los aficionados a las teorías sobre los toros. Yo aprendo escuchándolos y leyendo sus doctrinas. Estimulan mi espíritu y fortalecen mi afición. Sin embargo, yo carezco de una teoría. Escribo más movido por motivaciones irracionales que por argumentos, o sea, escribo de toros porque me da la gana, porque tengo ganas de escribir de toros, toreros, públicos, ganaderos, escritores taurinos, poetas, novelistas, escultores, pintores, cineastas, filósofos, estetas y, en fin, sobre todo bicho viviente que tenga algo que ver con los toros. La cosa es clara. Carezco, repito, de una teoría. Nadie busque en este ensayo una teoría sobre el origen de los toros, tampoco crea que esto es una disertación sobre la viabilidad del canon o cánones de este arte en el siglo XVIII para nuestro tiempo, ni menos aún hallarán aquí unas cuantas hipótesis sobre la pervivencia de este ritual a lo largo de los siglos en España… Ninguno de esos asuntos, sin duda alguna relevantes para el aficionado a los toros, se exponen en estas páginas, aunque no descarto que alguno de ellos aparezca de improviso y sin querer. Nadie está exento de caer en pedantería. Lejos de mi intención elaborar una teoría sobre los toros, solo muestro la necesidad que tienen de ella una buena parte de la afición taurina.

Es obvio que no escribo al tuntún y dejándome llevar por primeras sensaciones, pero tampoco hilo mis argumentos dirigiéndome por un programa geométrico y bien calculado. Yo sólo soy un aficionado a la búsqueda de un Manifiesto. No espere nadie de este ensayo una conclusión bien fundamentada para ir a los toros. Sólo escribo sobre toros, nada más; y si sale con barba, San Antón, y si no la Purísima Concepción. O sea me gusta hablar de toros con cierto rigor. Formo parte de algún modo de esa nueva crítica taurina. Me gusta narrar con "razones", o mejor dicho, con *razón apasionada* -¿o acaso conoce alguien una razón que no sea apasionada?- mi afición taurina. Ninguna persona con dignidad defiende sin redaños su razón. Sin fuerza, sin coraje y sin valentía nadie expone sus razonamientos. Es clara, pues, mi voluntad de combate contra todos aquellos que traten de cuestionar el espectáculo más arriesgado del mundo: un hombre jugándose la vida ante un toro de lidia. ¡Una representación teatral entre la vida y la muerte!

He ahí la base de este sencillo manifiesto taurino: me enfrento con voluntad crítica, repito, con razón apasionada, a quien cuestione la actividad de los toreros, unos artistas que transforman su miedo, su pánico, o quizá su audacia y temeridad, en movimientos tan bellos como efímeros. Y, naturalmente, defiendo hasta donde me permite el sentido común a los ganadores de reses bravas, los verdaderos creadores del toro de lidia, y al *público* asistente al ritual, o sea a los *aficionados*. Vayamos al centro del asunto. Hagámoslo con precaución, pues que es arriesgado escribir de toros, como de otros muchos asuntos, en un Estado agónico, cuyo Gobierno desprecia constantemente su Nación, o sea su identidad, y pone todas las instituciones del Estado al servicio de un Partido; pero la vida sin

riesgo no es nada más que un asunto de seres cobardes. Abunda esta especie, pero yo no quiero estar entre ellos.

Tratemos de vencer al miedo o, al menos, convivamos dignamente con el miedo a uno mismo. *Escribamos*, bien por motivos o bien por razones, sobre la fiesta de los toros o nos condenamos a la brutalidad silenciosa de los dictadores. *Escribamos* contra todo dictador que nos niegue el "derecho" de asistir a un espectáculo complejo, un ritual, o mejor dicho, una representación artística llena de rituales. Las corridas de toros modernas conservan elementos rituales heredados del antiguo rito del "toro nupcial", una costumbre tradicional de la Península Ibérica vinculada originalmente al matrimonio y a la idea de fecundidad. *Escribamos* en favor de las corridas de toros, porque es una celebración sagrada, acaso el último resto de una religión pagana, que a nadie hace daño y gusta a millones de ciudadanos. Celebremos esta bendita tradición. Tómense estas palabras de celebración no como una declaración de principios, sino como el primer ataque, o embestida de salida, contra quienes intentan eliminar la capacidad de fortalecer nuestro espíritu a través de la experiencia, es decir, de la asistencia a una corrida de toros. Si se prohíbe la corrida de toros, es obvio que es imposible tener y comprender el contenido de esa experiencia.

Sí, solo quienes han asistido y hayan tenido esa experiencia estética y moral, comprenderán la emoción de un espectador ante el poderío y belleza de un toro de lidia y el dominio que sobre él puede ejercer un ser humano ataviado con elegantes trajes. Toro y torero son los protagonistas del espectáculo creativo más sutil y complicado que quepa en la imaginación humana. Y, *sobre todo*, nadie olvide a la hora de escribir su propio manifiesto taurino la doble lección de la historia de la tauromaquia. Por un lado, nos da la oportunidad de tener una experiencia estética, asunto más complejo de lo que algunos creen; pues que no todo el mundo es capaz de emocionarse ante una puesta del sol en las marismas onubenses, sentir alegría ante el cielo de Madrid pintado por Velázquez, o llorar de emoción ante un cuadro de Dalí…Y, por otro lado, las corridas de toros sigue amamantando a buena parte del arte, la poesía y las ciencia actuales. La tauromaquia da que pensar. Da identidad al pensador. Las corridas de toros merecen, sí, teoría. Pensamiento. Se requiere estética, mucha sabiduría para saborear y hacer holgado el arte de torear de un Morante de la Puebla y de otros grandes toreros, también es menester tener mucho conocimiento para apreciar las diferencias de encastes y ganaderías…, cómo no realzar y reconocer la inmensa labor de ganaderos, mayorales y vaqueros que consiguen criar y seleccionar toros del trapío de los Cuadri, Prieto de la Cal y tantos otros… Se requiere ciencia, mucha ciencia, para entender el fortalecimiento del toro de lidia siguiendo toda la sabiduría que se aplica a la nutrición de los equinos de competición. Se requiere filología, y sobre todo mucha lexicografía, para estudiar y emocionarse con la evolución del lenguaje taurino en el español contemporáneo se hable donde se hable.

Teoría, teoría y teoría, o sea, "ciencia inútil" requieren las corridas de toros para hacer aún más grande su poder emancipatorio, su capacidad para hacernos pasar del mundo corriente de la vida cotidiana a otro lleno de fantasía e imaginación, de gentes que pasan, sí, de estar vestidas de calle a convertirse en actores ataviados con trajes bellísimos. Entramos en una plaza de toros y el mundo se transforma. De repente dejamos de utilizar el lenguaje de las urgencias vitales y pasamos al terreno maravilloso de la geometría poética, el paseíllo, suena el clarín y sale el Toro, suerte de varas, los quites, tercio de banderillas, el brindis, último tercio…, y qué decir de las maneras de referirse a la capa y la muleta, el cambio de la seda por la pañosa, del saludo capotero a un muletazo de la firma, o del estoque simulado (de fantasía lo llaman en El Perú) y el de verdad… En la plaza vivimos utilizando un lenguaje científico, casi estrictamente técnico, pero por arte de *birlibirloque* (Bergamín), cuando menos se lo espera, se convierte en algo perfectamente comunicable al mundo entero.

El lenguaje de los toros es Poético o no es. Todo es real, pero nos parece fantasía. O acaso no es fantástico hablar con nuestro vecino de localidad sobre cómo viene la corrida. Hablamos con naturalidad, se dice pronto, de animales extraordinarios. Pareciera que hubiéramos seguido, como sus cuidadores -los mayorales de las ganaderías-, toda su vida; conocemos su historia paso a paso, e incluso creemos que hemos participado en su embarque (encajonamiento) en la ganadería y desembarque (desencajonamiento) en los corrales de la plaza. El toro de lidia es el único animal en el mundo con una historia tan respetada que tratamos de hacerla nuestra nada más salir al ruedo. El toro bravo es más que un número. Tiene un sutil guarismo. Año de nacimiento. Sí, además, tiene un nombre e historia como su oponente en el ruedo. El toro de lidia en sí es una obra de arte. Su realidad nos transciende. Nos saca del mundo de la necesidad y hace que entremos en otro muy distinto… ¿Cómo llamarle? ¡Ámbito del arte, de la emoción, de la incertidumbre! Qué sé yo… O sí que lo sé: es un mundo libre. Salimos de la necesidad y nos instalamos en el terreno del arte. De la libertad.

Y es que la realidad del toro, como repiten los castizos, nos pone a cada uno en nuestro sitio sin necesidad de ahogar nuestra libertad. Es menester, pues, seguir pensando sobre los toros. La persistencia teórica sobre la realidad taurina es liberadora. Y es que sin teoría en general, y sin teoría de los toros en particular, jamás lograremos salir de la barbarie en la que pretenden estabularnos quienes prohíben los toros, o peor, los manipulan. En este nuevo contexto taurino y político, siempre amenazado por los intolerantes y totalitarios, es oportuno que cada aficionado persista en montarse su propia teoría. Cuanto más sepamos de eso que hacen los toreros con los toros, más disfrutaremos de este ritual. Cuanto más sepamos cómo se cría un toro de lidia, mejor valoraremos el significado de un genuino ecosistema. Cuanto más nos expliquen los ganaderos y los mayorales, y los veterinarios y técnicos en nutrición, cómo se cría un toro de lidia es obvio que mejor entenderemos qué pasa en el ruedo… En resolución, cuanto más "ciencia inútil" hagamos, mejor viviremos el "taurema" central de los toros: *¡Olé!*

Del Rey para abajo nadie en España queda liberado de ofrecer una explicación de esta interjección. Estamos obligados a dar con el *quid* del *¡Olé!* Quien entiende ese deber, sí, ha iniciado ya la construcción de una teoría de las corridas de toros. Imposible es, naturalmente, hacerse cargo del asunto sin la asistencia al espectáculo y, sobre todo, sin acercarse de vez en cuando a leer algún libro de toros, o visitar una exposición de pintura taurina… El Rey, sí, tiene que saber de toros. Él también debe estudiar y construirse su propio Manifiesto taurino. ¿O acaso su Majestad no utiliza en su vida cotidiana las expresiones olé y bravo? ¡Olé!, en Epata, y ¡Ole!, en México, sigue siendo la base de toda futura teoría sobre los toros. Nada de escabullir el bulto con eso de yo sé poco de toros… No, no y no; quién dice ¡olé!, o ¡bravo!, ya sabe de algo toros y toreros. El Rey tiene el deber de asistir y, sobre todo, de saber de toros. Ésa fue la principal recomendación que yo le di hace años a Felipe VI. Dudo mucho de que haya seguido mi exhorto. Peor para él y para la monarquía. Y, por supuesto, peor para todos los españoles… ¡Un Rey que no sabe de toros en España no puede ser Rey!

No obstante, y por si aún le valiera, le recuerdo mi liviano consejo, con algunos retoques sintácticos y espirituales, que titulé *El Rey y yo en los toros*. Escribí esta nota a las cinco de la tarde del día 1 de junio de 2022. Lo hice con solemnidad de ritual. Aquí repito lo esencial de su mensaje. También yo iré a los toros, Señor. Pocas cosas hay en la vida más importantes que asistir a una corrida de toros. No conozco a ninguna persona de bien que las rechace. Entre las artes de la representación pocas se igualan a la tauromaquia. Es real. El fingimiento se oculta. El disimulo es mínimo. Y, sin embargo, todo es Ficción. Se trata de tomarse muy en serio el Juego. Y no hay juego más serio que jugarse la vida enfrentándose a un toro bravo. Ahí está lo real. No es teatro, aunque lo incluye; sigue siendo el espectáculo más importante de España y el más relevante de otros países de orígenes culturales similares al nuestro. Me he preparado a conciencia sobre la tarde de hoy en Las Ventas. Me he informado sobre la ganadería, los toreros y el sorteo de los toros. He gozado contemplando el cartel anunciador de la corrida dedicado al grandioso don Antonio Bienvenida; he leído cien comentarios en la prensa y he pensado sobre otros mil detalles de la corrida, incluido el orden de la lidia de esta tarde…

Se diría que llevo mucho tiempo estudiando la cosa. Pero tengo la sensación de entender cada vez menos de este ritual extraordinario. Apenas tengo unas cuantas ideas e intuiciones para orientarme y persistir en mis empeños taurinos y filosóficos. Unas fueron aprendidas en las plazas de toros, otras en la calle y los libros sobre toros y toreros; también en las artes he aprendido a valorar la tauromaquia…, la pintura, ay, cuánto le debo a los pintores, ellos me han mostrado que en las corridas de toros casi todo es *movimiento*. No es toda la sustancia de la cosa, pero Goya, Zuloaga y Prior, entre otros grandes pintores de España, conforman mi educación estética sobre los toros. Esos pintores son tan relevantes para mi formación plástica, filosófica y literaria como la *Historia de las ideas estéticas en España,* de Menéndez Pelayo; *Lo barroco,* de Eugenio D´Ors; o la *Deshumanización del arte*, de

Ortega. También los libros de poesía y de estética taurinas fueron y siguen siendo mis cotidianos alimentos intelectuales. Rafael Morales y Gregorio Corrochano compiten poética y estéticamente con Gerardo Diego y Rafael Alberti. ¡Qué decir de la *Historia del toreo* de Néstor Luján! Todos esos libros me seducen. Son una invitación a participar de una corrida de toros.

Además, todavía hoy, después de pasar muchas horas en plazas de toros, son imprescindibles para mi buen gobierno personal la lectura de los cronistas taurinos. La sección de toros de los periódicos ayuda a entender qué pasa en España: ahí abreva cotidianamente mi buena disposición y escasa cultura taurina; es tan difícil escribir bien y con verdad, sin impostaciones de plumas y almas, de toros y toreros que estoy por rendirme a casi todos esos cronistas. Los leo como un enganchado a sus prosas, o sea, como si lo escrito por el cronista, correspondiese puntual y realmente con lo sucedido en la plaza…, aunque bien sé que eso rara vez ocurre; leo las crónicas, sí, para vivir, que no para revivir, lo acontecido en el ruedo. La nueva crónica taurina, como decía más arriba, está regenerando el tejido putrefacto de los viejos fundamentalismos de unos críticos tan políticamente correctos como dependientes de los voraces empresarios y de los políticos corruptos.

Mi primera idea de los toros, mi particular filosofía de la tauromaquia, es sencilla de expresar: es menester seguir leyendo libros de toros y visitando cosos taurinos. Tampoco nos vendría mal visitar de vez en cuando algunas ganaderías de toros bravos. Y porque pocos espectáculos hay en el mundo tan cultos como una corrida de toros, infinito respeto me merecen todos los asistentes a este ritual grandioso sobre la vida y la muerte, lo cotidiano y lo extraordinario, lo humano y lo divino. El Rey, Felipe VI, merece ese respeto no sólo por ser el Jefe del Estado, sino también porque hoy asistirá a la corrida de la Beneficencia con toros de Alcurrucén para Morante, El Juli y Ginés Marín. ¡Los toros y Felipe VI! Es obvio que nuestro rey debería frecuentar más las corridas de toros, entre otros motivos, porque pocas fiestas existen en España que no estén acompañadas y asociadas a la tauromaquia. Asista, Señor, a todas las que pueda. También en ese espacio público, artístico, está su legitimidad. Imite a los grandes monarcas de España. Relea a Alfonso X el Sabio, ese gran rey, que fijó ya el significado de los toros para aquí y ahora. Lea y comente la famosa respuesta de Felipe II, grande entre los más grandes hombres de Estado de la historia universal, al Papa que pretendía prohibir las corridas de toros. Imposible. Está en el ADN de los españoles, diríamos hoy, respondió el Rey Prudente.

Visite, Señor, los pueblos de España en fiestas. Es un acontecimiento extraordinario. Los toros no son iguales en Toledo que en Córdoba, en Sevilla que en Pamplona, en San Sebastián que en Bilbao, en Azpeitia que en Burgo de Osma… El denominador común, naturalmente, es el toro, pero mil las formas de ser Español con los toros, con nuestra piel de toro, acogiéndonos a todos por igual. Y es que, como dijera Rodríguez Adrados: "España es el país del toro. A una piel de toro se viene comparando su forma desde la Antigüedad y Diodoro de Sicilia (IV 18.3) testimonia que en Iberia

había ganaderías de animales considerados como sagrados. Hay luego el recuerdo de las vacas de Gerión, robadas por Heracles, a las que ya se refirió Estesícoro. Y hay muchísimas representaciones taurinas desde el Neolítico, luego encontramos estelas con el toro y un guerrero que se le enfrenta en Clunia o bien son cuatro hombres enfrentados a un toro en una pieza de cerámica de Liria. Este papel importante del toro en la España de hoy día se impone al visitante extranjero. ”[3]

Recorra, Señor, España y sus plazas de toros. Provéase de libros y poemarios taurinos. Y a la lidia que es la vida. ¡La lidia! Sí, sirvan los versos de Rafael Morales[4], dedicados a Vicente Aleixandre, para saber qué es la lidia:

LIDIA

¡Oh qué templado lance, qué revuelo,
qué embiste tan feroz y valiente
bajo el trapo fugaz que el toro siente
imitando en el aire un breve cielo!

¡Oh cuánta furia, cuánto desconsuelo
en el toro que embiste suavemente,
hecho negro relámpago caliente
que puebla de rumor ardiente el suelo!

Mas el ansia tenaz y desbordada
del fiero corazón que va burlado
no saciará jamás, ¡triste porfía!

Que tienes ya en tu carne la estocada
y vas hacia la muerte derrotado,
acornalando el aire en la agonía.

Mi exhorto al Rey sólo pretendía estimular la capacidad de Felipe VI para pensar una de las bases culturales de la Nación: los toros. Clave de ese pensamiento es la búsqueda de una teoría. Cuantos más teóricos existan del mundo del toro, mejor para un país que necesita renovarse, actualizarse acerca de sus costumbres y sus proyectos nacionales. ¿Hay algo, algún proyecto nacional, o mejor,

[3] Rodríguez Adrados, F.: “España y el toro: la fiesta y sus precedentes antiguos”, en Revista de Estudios Clásicos, 112, Madrid, 1997, pág. 7.
[4] MORALES, R.: *Poemas del toro*. Adonais. Editorial Hispánica. Madrid, 1943, pág. 33.

alguna realidad nacional equiparable a los toros?… *Los toros, sí, el espectáculo más culto y refinado del mundo.* Las creencias y las ideas sobre los toros conforman uno de los patrimonios culturales más ricos de la humanidad. Filosofía, poesía, narrativa, pintura, escultura, fotografía, cine y otras mil invenciones humanas, al fin, "saberes", que no sirven para nada que no sea la creatividad, se han alimentado de este ritual artístico. Arte, sí, para sociedades que pasan por ser bien "primitivas" y "salvajes", bárbaras y sanguinarias, o bien, por todo lo contrario, por ser muy exquisitas y refinadas. Los toros son, nadie se equivoque, un asunto demasiado culto y sutil, barroco al máximo, o sea vital, de nuestra civilización para dejarlo en manos de desaprensivos políticos y empresarios voraces.

Gracias a los toros la entera cultura occidental puede medir su grado de civilización. La fiesta de los toros, se mire por donde se mire, ha convertido el problema de la muerte en un asunto antes plástico que ético. España y todos los países taurinos ostentan el privilegio, permítanme la metáfora, de pasarse la muerte por la cintura. La parca es, repito, antes un problema estético que ético. ¡Casi nada! Duro es el tratamiento de la muerte por esos caminos. Pero, por fortuna, nuestras tradiciones culturales, especialmente las literarias y plásticas, reconocieron esa dureza a la par que mostraron su grandeza. Quevedo, Góngora, Cervantes, Calderón y otros de sus estilos no pudieron dejar de plantearse la estética de la muerte. Resolvieron la cuestión con solvencia artística. Se lidia tanto en la plaza como en la vida cotidiana, lo dijo Calderón en un verso inmortal: "Lo que nos queda es lo que no nos queda". He ahí el fundamento de lo que Bergamín llamó el *Arte de Birlibirloque* [5]. Visto y no visto. Prodigioso. Maravilloso. Mágico. Aunque falso sería no reconocerlo, muchos en la historia de España han odiado este planteamiento, por ejemplo, casi toda la Generación del 98, pero también aquí fueron derrotados los ilusos Unamunos y sus seguidores. Normal. Pronto el destino del Grupo del 27 acabó con los sollozos y lamentos históricos de sus mayores.

Es menester volver a citar a la generación de Jorge Guillén y García Lorca. Nos ha enseñado a amar este grandioso espectáculo. "El toreo", dijo el poeta granadino, "es probablemente la riqueza poética y vital de España, increíblemente desaprovechada por los escritores y artistas, debido principalmente a una falsa educación pedagógica que nos han dado y que hemos sido los hombres de mi generación los primeros en rechazar. Creo que los toros es la fiesta más culta que hay en el mundo". Es posible. Y es que, cuando uno va a los toros acompañado por poetas como Góngora y Gerardo Diego, Lope de Vega y Gil Vicente y Alberti, Manuel Machado y Miguel Hernández, Bergamín y Aleixandre, Dámaso Alonso y Altolaguirre, Juan Ramón Jiménez y Morales, etcétera, la vida y la muerte se ven de otro modo. Uno empieza a entender un poco más eso de "jugarse la vida" ante un toro. Nadie mejor que Conchita Cintrón, torera y escritora, para ayudar a quien se atreva a saber, en realidad, a vivir el misterio de la tauromaquia: "La fiesta tiene sus raíces, como toda flor, en el lodo

[5] BERGAMÍN, J.: *El arte de birlibirloque*. Ed. Renacimiento, Sevilla, 2016.

abonado de las miserias, pero éstas dispuestas están para quienes miran hacia abajo, y en la vida hay que mirar hacia arriba. ¡Siempre hacia arriba! Negar belleza por reconocer miseria sería negar el cielo por existir el infierno."[6]

La corrida de toros es uno de los espectáculos más refinados de la historia de las artes plásticas. Pero nadie confunda esta opinión con la consciencia histórica recientemente adquirida por muchos aficionados a los toros a la hora de defender el espectáculo. El debate sociológico es más que comprensible; quizá sea hasta necesario, pero no seré yo quien discuta mis preferencias estéticas con un ignorante, o peor, con gente enferma de ideología. Jamás perderé un minuto de mi vida intentando curar a esos "enfermos". Corremos el riesgo de contaminarnos con sus engaños y mentiras. Jamás justificaré ante esa gente mi presencia en una corrida de toros. Voy a los toros despreocupadamente a "deleitarme", y muchas veces a padecer, el festejo. Tampoco asisto por principio para defender una esencia "nacional" o algo parecido; aunque reconozco, repito, la enjundia que el debate tiene para historiadores y sociólogos, e incluso para ciertos filósofos de la política, pero yo, cuando voy a los toros, paso del asunto…

De la corrida de toros me interesa sobre todo el arte. La estética. Comparto el juicio de Bergamín: "En una corrida de toros la única emoción humana verdadera, y viva, es la estética. Las corridas exigen, como el cinematógrafo, un ángulo de visión o enfoque, un punto de mira, exclusivamente estético."[7] Que el toro muera sin ensañamiento y el torero sobreviva con arte, sí, es mi mayor ocupación. Y si el toro es indultado, mi contento es infinito; esta última alegría, por favor, nadie la confunda con el genuino sentido de la compasión, pues que también en este punto tiene toda la razón el poeta Bergamín: "Los que compadecen al toro, le agravian mucho más, y peor, que los que le hieren y le matan. El único insulto para el toro es la compasión."[8]

Me gusta la belleza de la geometría taurina, porque jamás arruina u oculta el *estremecimiento* contenido en el pase del torero. Todas las suertes conservan ese emocionante temblor. Por perfecto que sea el quiebro, el movimiento del torero para que pase el toro sin tocarlo, nunca logra superar el fino hilo de inquietud, un alevoso y tenue gesto de terror, una vaga crispación, ante la fiera. Todo pase por impecable que sea va unido a la zozobra provocada por el miedo, la precaución y el respeto ante el mítico animal, "hecho" sólo para embestir; ha sido criado, en verdad, creado por el hombre con paciencia y esmero únicamente para que embista con bravura y nobleza. Pero nunca la acometida es segura, el embate es incierto… Ahí está el toque. La leve imperfección contenida en la geometría taurina muestra el límite de la estética ante la ética, o mejor, ante lo religioso, porque el toreo quizá sea una reliquia del rito sacrificial, según René Girard, de las religiones paganas, empezando por la

[6] CINTRÓN, C.: *¿Por qué vuelven los toreros?* Editorial Diana, México D.F., 1977, pág. 50.
[7] BERGAMÍN, J., op.cit., pág. 45.
[8] Idem.

veneración del animal sacrificado: nadie ama más al toro antes, durante y después de la corrida, que los aficionados a los toros y, entre ellos los poetas, valga este poema de Juan Ramón Jiménez que ilustra mi apreciación:

El negro toro solo surge, neto y bello,
sobre la fría aurora verde, alto en el peñasco azul,
mujer de sur a norte, rempujando
el hondo cenit cárdeno, estrellado todavía
de las estrellas grandes,
con su agigantada testuz.
-La soledad inmensa se amedrenta;
el silencio sin fin se calla…-
El toro -roca desgajada- baja contra
el barranco frondoso.
No quedan más que él, que ¿se va? negro,
y ¡viviendo! blanca y rosa, la luz.

(J.R.J. Disciplina y oasis)[9]

Sigamos a los poetas, a veces son los seres más desarrollados artística y moralmente de nuestra sociedad, acerquémonos con el máximo respeto a la estética de un genuino ritual pagano. Asistamos con humildad a la representación plástica del sobresalto de un hombre ante una fiera mítica: el toro bravo. Grandioso. Del angustioso miedo a la muerte va esta representación teatral. Se trata de matar al toro con inteligencia. Y arte. La transformación del miedo y la turbación en belleza y gozo emocional es genuina transubstanciación. La ocultación (emboscadura) del valor y la exposición de la jindama con movimientos bellos se llama Transubstanciación. El miedo nunca desaparece. Domina todo. La muerte, el miedo a la muerte, está presente, aunque se oculte de mil maneras, en todos los que asisten al ritual. La inteligencia disfrazada de torero, una sacerdotisa revestida de bellos ropajes, sacrificará al instinto, la fuerza y la violencia de un animal extremadamente feroz. No hay animal que se equipare en dignidad y fiereza al toro. Verlo salir de los chiqueros en un ruedo completamente despejado, vacío, es un espectáculo único. La cosa es singular. Está completamente solo. Es pura soledad. Y, sin embargo, lo llena todo.

El toro bravo en un coso no tiene parangón con ningún otro espectáculo en el mundo. ¡Hay que verlo! Entonces, nos haremos una pregunta que jamás cerraremos: ¿qué es una corrida de toros?

[9] Vid. ALBERTI, R.: *Correspondencia a José María de Cossío*. Pre-Textos, Valencia, 1998, págs. 27 y 28.

La respuesta es inmediata: la relación esencial entre el toro, el torero y el público. Todo gira en torno a los vínculos entre esos tres actores. El resto son problemas religiosos, morales y sociológicos. Estas cuestiones están ahí, nadie lo duda; pero no forman parte de la corrida de toros. No son, en efecto, asuntos estéticos, pero hay que mencionarlos. ¿Cómo no citar el problema de la "salvación" de los toros en nuestra historia? La autoridad de la Iglesia católica siempre puso reticencias a los toros. Pero la cosa fue resuelta por Felipe II que plantó cara al Papa Sixto V. La respuesta del Rey Prudente, como decía más arriba, a las prohibitivas bulas del sucesor de San Pedro, en Roma, fue definitiva: "La afición a los toros era costumbre tan antigua, en España, que se podía considerar como parte de su misma sangre".

Resuelto el problema religioso por Felipe II, quedaba pendiente el teológico, o sea, el del sentido de los toros, del juego de los toros, toreros y públicos. Desde el siglo XVIII hasta hoy, la cuestión del significado de esta fiesta está vigente. Es un asunto genuinamente filosófico. Relevante es la teología, o sea, las mil razones sobre esta religión pagana y su ancestral ritual. No cabe duda de que esta teología es compleja, rica y solo al alcance de personas con una refinada experiencia estética y conocimientos sobre el juego entre la vida y la muerte. Es un tema, sí, para filósofos, incluidos en esta categoría los grandes místicos, esas personas que no sólo explican la búsqueda del Absoluto, sino que también nos narran, o cuentan en versos, su identificación con Él. El Encuentro, incluso en un ritual pagano, deslumbra. A través de ese acontecimiento visual puede hallarse la Fe. Nos aturde un instante, pero nos permite ver el bien, cuando no la verdad, entre el instinto del animal y la inteligencia del hombre.

Las tradiciones, las escuelas y las academias surgidas para responder al significado de este ritual son tantas como ganaderos, veterinarios, toreros, aficionados y gente inteligente participan del espectáculo de los toros en España, Francia, Portugal y la comunidad de países de Hispanoamérica. Los toros trascendieron hace siglos, repito, el tópico de ser una fiesta nacional. Los toros son internacionales. El espectáculo taurino fue planetario en la prehistoria, y también en tiempo de los tartesos, según nos enseñara el gran poeta y ganadero Fernando Villalón, en su inimitable *Taurofilia racial* [10], y lo sigue siendo en la historia contemporánea. ¡Quién no se ha preguntado alguna vez, en el mundo civilizado, sobre el significado último de las corridas de toros! Pero no entraré en este problema teológico, porque desbordaría el objetivo de este ensayo, unas notas para construir un sencillo *Manifiesto*, que acaso sirvan para un futuro *Libro de toros y toreros*. Sólo pretendo abocetar mi único interés por los toros, a saber, el estético. O mejor, atesorar algunos materiales nobles para construir una teoría, una estética, sobre los toros. Es a lo máximo que puede aspirar un aficionado al que le

[10] VILLALÓN, F.: *Taurofilia racial*. Edición no venal. Este libro ha sido editado en homenaje a Manuel Halcón Villalón- Daoiz, primo y biógrafo de Fernando Villalón-Daoiz Halcón, su autor, por un grupo de personas que tanta ayuda y afecto recibieron en su juventud y nunca olvidan: familias de los Marqueses de Prado y de Bedmar, Guillermo y Álvaro Morenés. Cfr. capítulo II "Nuestra mitología taurina".

faltan lecturas sobre un arte tan culto y refinado como los toros, carece de tiempo para asistir a todas las corridas que desearía ver y, además, no tiene un programa de vida serio y disciplinado para investigar en torno a una bibliografía ingente sobre un asunto, quizá uno de los más serios de la historia de occidente, que tiene que ver nada más y nada menos que sobre el primer y último ritual pagano de la cultura occidental; pues de eso tratan, en definitiva, todas las tauromaquias antiguas y modernas. Inabarcable asunto.

Envidio a quien tiene todo el tiempo del mundo para leer y estudiar en los libros de Cossío, en la famosa Enciclopedia ELCOSSIO, o en las deliciosas historias de la tauromaquia, o en los libros de estética de toreros de ayer y de hoy. Escucho con deleite a los buenos aficionados que citan libros sin parar sobre toros. A muchos nos gustaría, claro que sí, dedicarnos a estos asuntos, pero, por desgracia, el destino nos ha deparado otros oficios y profesiones… Nos consolamos con ir de vez en cuando a la plaza, leer lo que podemos y, a veces, releer lo que en el pasado fue un acicate para pensar sobre los toros.

La literatura taurina es ingente. La densidad interpretativa del espectáculo es colosal. Siempre resulta complicado seleccionar un par de libros para quienes nos piden con urgencia entrar en "el planeta de los toros". Es el caso de mi amigo José Luis Roldán. Este joven profesor de filosofía me pone en un brete al pedirme un par de libros para entrar en el asunto. No me queda otra que mirar en mi pequeña biblioteca taurina. Sigue un orden alfabético. Veo a la primera los buenos libros de Andrés Amorós, pero elijo para este filósofo precoz la celebérrima obra de Ángel Álvarez de Miranda: *Ritos y juegos del toro*[11]. El autor entiende la corrida no como un fenómeno aislado, sino como la supervivencia transformada de antiguos rituales de fertilidad y matrimonio. El eje central de su interpretación es el toro nupcial, animal que en múltiples culturas mediterráneas simboliza la *potencia sexual*, la fecundidad y la renovación de la vida. La corrida moderna sería un rito desacralizado, pero estructuralmente coherente con esos antiguos ceremoniales. Aunque hoy se perciba como espectáculo, conserva una lógica ritual tripartita (presentación, prueba y sacrificio) que remite a los ritos de paso estudiados por la antropología clásica[12].

[11] ÁLVAREZ DE MIRANDA, A.: *Ritos y juegos del toro*. Taurus, Madrid, 1962. Cito por la edición de Biblioteca Nueva, Madrid, 1998.

[12] Las tres fases centrales de la lidia aparecen como si fuesen componentes rituales re-interpretados: 1. Las suertes de capa: se identifican con la fase inicial del rito, marcada por la exposición del toro y el torero, simbolizando la primera interacción entre el animal y el agente humano (análoga a la presentación del toro en el rito nupcial). 2. La suerte de banderillas: se interpreta como una continuación ceremonial, donde la inserción de las banderillas representa una forma de "marcar" al toro y participar activamente en su energía vital, evocando gestos arcaicos similares a los que en la antigüedad realizaban los novios con banderillas adornadas por la novia en las fiestas nupciales. 3. La suerte de matar: equivale al momento culminante del ritual, comparable al sacrificio simbólico en el que la sangre del toro transmitía fuerza al grupo o al individuo, en el contexto del rito de fertilidad. En la corrida moderna este acto conserva aún una dimensión simbólica, pese a su actualización como espectáculo. Estos elementos rituales han persistido de forma latente en la tauromaquia, conformando su dramatismo estructural y simbólico.

Es obvio que el factor sexual fue una clave del origen de la moderna corrida de toros. La creencia popular en la capacidad mágica del toro para transmitir el poder genético fue decisiva para el desarrollo de la corrida tal y como hoy la conocemos. En esa perspectiva Ángel Álvarez de Miranda escribió su libro, a todas luces, imprescindible para quienes quieran estudiar con seriedad el origen de nuestra "fiesta". Tal vez este autor pansexualizó un tema que, a mi entender, tiene varias vertientes menos diferenciadas de las que presume el autor. En cualquier caso, los datos de primera mano aportados por el autor convierten *Ritos y juegos del toro* en un libro excepcional. Justo al lado del libro Álvarez de Miranda está uno de Roland Barthes, *Mythologies*[13]. Nada tiene que ver esta obra con la antropología histórica y comparada del español sino con la semiología y la crítica cultural. Barthes evita el término rito. Barthes, nacido en una zona muy taurina de Francia, estudia la corrida como un lenguaje que comunica valores y emociones de forma inmediata y legible. Para él, los espectáculos modernos funcionan como "rituales laicos", cuya función no es conectar con lo sagrado, sino producir sentido social inmediato. La corrida no remite a un pasado arcaico, sino a una economía contemporánea del signo… En fin, salto sobre unos libros de Bataille, dedicados a los sacrificios contemporáneos, y me detengo en otro autor, cuyo apellido también empieza con la letra B, se trata de la extraordinaria obra de José Bergamín *El arte de Birlibirloque*[14].

¿Qué decirle al amigo Roldán sobre el libro de Bergamín sin caer en la pesadez? Pues que lea la edición prologada por José Antonio Morante de la Puebla y, antes de nada, comience leyendo el epílogo de Azorín del que escojo este texto: "Tengo en las manos un primoroso volumen de Bergamín. Un breve tratado del arte de torear éste que ha publicado el agudo escritor. Todo en estas páginas es claro, sencillo, límpido. Y lo que vale más: sin rastro de pedantismo, sin cursilería. Prosa de cristal de roca (…). Dos grandes divisiones podemos hacer de lo expuesto en el libro: a una parte pondremos teoría; a la otra, la práctica. Para José Bergamín todo el arte de torear se reduce a lo que podríamos llamar una intelectualización del deporte. El toreo es inteligencia pura. El arte de torear es a manera de un razonamiento escueto; de un *Discurso del método*. El que no sepa geometría, que no entre en la plaza de toros" (…). El tiempo y el espacio son los fundamentos del *arte de birlibirloque*: quien no tenga noción exacta del tiempo y no mida el terreno con precisión matemática no es torero."[15]

Tengo la sensación que me he metido en un lío al aconsejarle unos pocos libros a mi amigo. Nunca dejaré de arrepentirme de no haber empezado por los libros de autores catalogados con la "C". Sí, sí, es un desliz imperdonable no haber citado ya: *¿Qué es torear?*, de Gregorio Corrochano. ¡Quién antes de asistir cada año a la feria de San Isidro puede prescindir de la relectura de esta obra! Por cierto, la persona que me regaló esta obra, cuando yo era adolescente, no se equivocó al decirme "para

[13]BARTHES, R.: *Mythologies*. Seuil, Paris, 1957. Hay traducción en español, siglo XXI, 1999.
[14] BERGAMÍN, J.: *El arte de birlibirloque*, op. cit.
[15] Ibídem, pág. 174 y 175.

saber un poco de toros es menester leer mucho y ver más y más corridas de toros". Tenía razón mi padrino taurino. Me voy, pues, a los toros y, además, así evito entrar en un entramado, a veces una tela de araña, de interpretaciones de la tauromaquia que tantos dolores de cabeza provoca en los aficionados más dogmáticos. No obstante, sea cual sea la opinión que nos merezcan los cientos de libros sobre toros, nadie debería olvidar que, en esta red interpretativa, la obra *Los toros*, de José María de Cossío, ocupa una posición central y singular. Cossío no es un teórico del rito ni un crítico al uso, pero su labor enciclopédica fija el canon cultural de la tauromaquia en el siglo XX. Su escritura ordena, legitima y dota de coherencia histórica y estética a la corrida, convirtiéndola en una tradición inteligible y transmisible. Precisamente por ello, *Los toros* funciona como "horizonte de sentido" frente al cual se definen las interpretaciones posteriores… Pero, ahora, vámonos al antiguo paraje de Las Ventas del Espíritu Santo. Monumento de monumentos del mundo taurino: Las Ventas.

II. ¡A los toros! (La Edad de Plata del Toreo. Sánchez Mejías).

Llego a Las Ventas media hora antes del festejo. Hablo con mi compañero de abono y asiento. Es un tipo joven, alto y atlético. Siempre toma notas durante la corrida. Escribe un nuevo libro de toros y toreros sobre *La Edad de Plata del Toreo*. Cubre el tiempo que va desde la muerte de José Gómez Ortega (*Joselito el Gallo*), el día 16 de mayo de 1920, hasta el inicio de la Guerra Civil, en julio 1936, según me insiste Luis Cordón Albalá, magnífico aficionado en la Grada del 7 de las Ventas. Luis sigue las indicaciones de José María de Cossío y Gregorio Corrochano. Los criterios de estos dos grandes escritores son importantes para mi amigo, aunque estoy convencido de que él los renovará con nuevas aportaciones. Será una prueba más sobre la continuidad de la fiesta taurina. Algo más, según su parecer, que un espectáculo plástico y artístico; la corrida de toros es una una escuela de vida buena, verdadera y bella.

Bienvenida sea esta publicación por múltiples motivos. Hay tres que se me antojan prioritarios antes de haber leído el libro. Hará crecer el mundo de la historia y la literatura tan vilipendiadas en nuestro tiempo por falsos saberes "sociológicos" y económicos. Inyectará nuevos bríos a un espectáculo en permanente transformación. En segundo lugar, será una muestra de la voluntad del autor por perseverar en la escritura de temas taurinos, pues que su primer libro lo dedicó a la historia de la ganadería de reses bravas *Concha y Sierra*. Y, en tercer lugar, el tema elegido es ejemplo de una feliz coincidencia con la preparación de los festejos de celebración del centenario de la Generación del 27, la Edad de Plata de la Poesía, que algunos consideran un nuevo siglo de oro de la literatura española. A eso le llamó Lezama Lima el *azar confluent*e; toda una figura barroca, extraordinariamente literaria, para comprender con una sencilla mirada ese rico paraje donde confluyen y se cruzan los ríos y caminos de la tauromaquia con los de la poesía.

Pocas épocas de la historia de la poesía española han cantado la tauromaquia con la intensidad y discreción que lo hizo la "Generación del 27". No tiene parangón el grupo poético del 27 a la hora de vincular poesía y tauromaquia. Basten unos pocos ejemplos y argumentos para justificar esa vinculación. Porque es inevitable asociar el nombre de Sánchez Mejías, un torero de leyenda de esa época, a los inicios del grupo poético del 27. Estoy seguro de que no faltará en el libro de mi amigo un capítulo dedicado a Ignacio Sánchez Mejías. Este diestro quizá no sea para Luis, conociendo sus gustos, el mejor en estilo y maneras artísticas de ese tiempo, pero su figura es imprescindible para estudiar las costumbres y las ideas que adornaron, y a veces emborronaron, las mejores páginas de la Edad de Plata de la Tauromaquia y de la Poesía.

Una cosa es indudable: la figura y la obra de este torero siempre estarán asociadas a los inicios y algunos grandes desarrollos del grupo poético del 27. Torero y literato (dramaturgo, novelista, cronista taurino) fue este personaje singular en la cultura española de su época y, en cierto sentido, de la nuestra. Ha quedado inmortalizado por los grandes poetas del 27. Torero y literato, y más que ambas cosas a la vez, fue un hombre clave, junto a Pepín Bello, para que toda una generación de poetas conservaran entre ellos su amistad por encima de recelos, dimes y diretes artísticos e intelectuales. Imposible es entender la famosa Generación del 27 sin la figura de Ignacio Sánchez Mejías. El alumbramiento fue en Sevilla. Casualidad. O designio de la Providencia. Podría haber sido en Valladolid o en Tudanca… Pero fue en la ciudad del Betis donde se reunieron unos cuantos poetas, bajo el patrocinio del torero, para recordar la figura y la obra de Góngora.

El torero sevillano animó una comunidad poética basada en la amistad. Es el valor dominante destacado por José Antonio Martín Otín en su novela, a veces tan ensayística y otras tan lírica, *La desesperación del té (27 veces Pepín Bello)*: todos los del 27 "eran amigos en aquella semana sevillana y, por encima de ideologías, lo siguieron siendo después. Si se medita con alguna calma resulta impresionante (…). ¿Por qué siguieron siendo amigos? Yo se lo diré don José. Sobre el porqué le diré ´por quienes` siguieron siendo amigos. Esos poetas, dados al desencuentro entre ellos, como todos los artistas de todos los tiempos y todas las generaciones, tenían como escudo ante la carcoma del alma, que roe hasta separar, la presencia de elementos que en la generación del 27 no creaban… más que la generación del 27: Ignacio Sánchez Mejías y Pepín Bello. Insólito, nunca se dio, difícil será que se repita: los alumbradores de esa corriente no eran poetas, eran verso; no escribían poesía, hacían en poesía. Ignacio y Pepín. La luz suave y potente de dos focos dispuestos a caer sobre la sombra."[16]

El apunte de Petón está muy bien traído y mejor escrito. Nada que objetar salvo que yo añadiría el nombre de José María de Cossío al de Sánchez Mejías y Pepín Bello. Es el tercer gran aglutinador de la generación del 27. Quizá hubiera sido inviable esa *comunidad de amistad*, primer rasgo

[16] MARTÍN OTÍN, J.A.: *La desesperación del té (27 veces Pepín Bello)*. Editorial Pre-Textos, Valencia, 2008, pág. 151.

definitorio de la Generación del 27, sin la bonhomía e inteligencia desplegadas por estos tres personajes. Fueron la auténtica argamasa para unir con alegría "*egos*" muy diferentes, aunque todos ellos tenían un destino común: la poesía, o mejor, el oficio de poeta era clave para elevar de nivel a España…

Luis Cordón interrumpe con delicadeza mi perorata y me advierte que en su libro él no entra en nada de eso. El capítulo dedicado a Ignacio Sánchez Mejías no es el más largo. Sólo le interesaba resaltar los aspectos más técnicos y especializados de la tauromaquia de esa época. Aunque conociendo el carácter riguroso y serio de mi amigo, estoy convencido de que habrá elegido, seguramente, lo más profundo y sincero de este torero para alumbrar las tauromaquias de nuestro tiempo. Estoy convencido de que habrá hallado más de un tesoro para construir unas hipótesis poéticas para un *Manifiesto sobre las Corridas de Toros*. Si Luis ha tenido en cuenta que "se torea como se es", habrá destacado que este hombre no sabía qué cosa era el miedo, o mejor dicho, lo conocía tan bien que nos mostró que el peor de todos es el miedo a la muerte; quien se deja atenazar por él, está muerto en vida: "Cuando una civilización -dijo en 1929 en la Columbia University- rompe sus moldes, una fábrica cierra…, cuando la civilización romana agoniza, por ejemplo, por falta de virilidad, por sobra de sentimientos caritativos, por egoísmo de la vida, *por miedo a la muerte*, nada de particular tiene que salga por los chiqueros de Europa el toro negro de los bárbaros o el toro sanguinario de los germanos."[17]

Se dice con demasiada ligereza que Ignacio Sánchez Mejías no tenía miedo al toro ni a nadie. Lo dudo. Quien lea y vea despacio sus obras, las más artísticas y efímeras en los ruedos, y también las escritas en papel perdurable, no opinará con frivolidad sobre los miedos de este personaje. En cualquier caso, Luis Cordón habrá tomado buena nota de lo escrito por *Don Ventura*, el gran crítico taurino de Barcelona, sobre su estilo: "Este torero ha traído algo nuevo a la fiesta de los toros: la exageración del peligro; más aún: la creación del peligro. Una y otra tarde se ha complacido en llevar a los astados a los terrenos más peligrosos, para exponer más. Cuando no podía haber emoción, la ha buscado él; ha procurado que la hubiera, inventando el peligro…".[18]

Estoy deseando leer el libro de mi amigo. Estará muy bien documentado. Y eso que la bibliografía sobre Ignacio Sánchez Mejías es inmensa. Hay libros y más libros sobre este torero. Por ciento se cuentan los artículos y ensayos de revista sobre el personaje. Varias tesis doctorales pueblan los

[17] Revista de Estudios Taurinos. Nº.11, Sevilla, 2000, pág. 54. Hay varias ediciones de esta famosa conferencia de Ignacio Sánchez Mejías. Destacan las de Cossío, Romero Solís, García Ramos y Narbona. Vid. la edición de Revista de Estudios Taurinos, op. cit., . Nº11, Sevilla, 2000, págs. 47-68.

[18] Citado por COSSÍO, J. Mª.: *Los toros. Tratado técnico e histórico*. Tomo III, Espasa-Calpe, Madrid, 1952, pág. 876.

anaqueles de las universidades españolas. Si escribir es reescribir, como suele decirse por ahí, entonces mi amigo ha tenido mucho tajo. Yo me atrevo a citarle algunos libros de Andrés Amorós[19], la excelente biografía que escribieron Antonio García Ramos y Francisco Narbona[20]. Y sobre todo me demoro en hablarle de las lecturas de la figura y la obra de Sánchez Mejías que hicieron Cossío, Corrochano, Alberti, García Lorca, Gerardo Diego, Miguel Hernández y Guillén. Tampoco me olvido de recordarle las bellas páginas que Nestor Luján le dedicó en su espléndida historia de la tauromaquia, quede aquí como muestra este pequeño retazo: "Al llegar a la biografía de Ignacio Sánchez Mejías, forzosamente se ha de emplear un tono distinto de la de cualquier otro torero que haya existido. Porque Ignacio Sánchez Mejías fue sin igual como torero y como hombre. Era un caso patológico de valor como su cuñado Rafael el Gallo lo era del miedo. Uno y otro no eran naturales, ni entraban dentro de una transida dimensión humana.

Fue Ignacio, ´el bien nacido`, según lo llamó su amigo, el poeta Federico García Lorca, un torero más bien basto, de gesto dionisíaco y de una temeridad desmandada. Fue un torero con mando en la plaza y una vida aventurera e inquieta. Espíritu fuerte y vital, se dedicó a los toros porque en la hora sevillana en que nació la única salida aureolada y romántica para un héroe era el toreo. En otro momento hubiera sido conquistador, contrabandista o guerrillero. Todo lo contrario también de su cuñado Rafael, que preguntado en una ocasión qué hubiera sido él si no hubiese existido el toreo, contestó con su espontaneidad única: ´Si no hubiese existido el toreo, lo hubiera inventado yo`." [21]

Cito y cito, y no acabaría de citar textos y autores que han escrito sobre el divino calvo, pero me percato de que Luis Cordón está al cabo de la calle de todo mi cuento. Por fortuna, mi cháchara no le molesta. Me alegro. Ya me relamo por leer su libro. Seguro que es una obra valiente, porque es menester tener mucho valor para lanzarse a escribir un nuevo libro sobre una época tan rica en toreros y, sobre todo, *sintetizar* en un par de capítulos la aportación de Ignacio Sánchez Mejías a la Edad de Plata de la Tauromaquia. Espero este libro con impaciencia. Me muero por saber cómo enfoca el asunto para saber cuál es el legado de Ignacio Sánchez Mejías para aquí y ahora. Pero, antes de despedirme de Luis, me atrevo todavía a recordarle que considero portentosas las páginas que Cossío, en su monumental tratado, dedicó a la apasionada y complicada carrera taurina de Sánchez Mejías[22].

[19] Andrés Amorós es un gran estudioso de su biografía y obra. Cfr. AMORÓS, A.: *Ignacio Sánchez Mejías*. Alianza, Madrid, 1998). AMOROS, A.: *Ignacio Sánchez Mejías, el hombre de la edad de plata*. Almuzara, Córdoba, 2010). Amorós también completó la novela que el torero dejó a medias, *La amargura del triunfo*. Berenice, Córdoba, 2009.

[20] GARCÍA RAMOS, A. y NARBONA, F.: *Ignacio Sánchez Mejías*. Espasa-Calpe, Madrid, 1984. (1988, según G., de Tudanca, en las cartas de Alberti, pág. 107).

[21] LUJÁN, N.: *Historia del toreo*. Ediciones Destino, Barcelona, 1954, págs. 293 y 294.

[22] COSSÍO, J. Mª.: *Los toros*. III, Espasa-Calpe. Madrid, 1986, págs. 875 a 881.

Abandono las Ventas con un poso de melancolía. La corrida no fue buena, aunque hubo detalles, siempre los hay en los toros; estuvo entretenida, *Corredor*, el sexto toro de la tarde de la ganadería de Escolar, fue el ganador de la corrida concurso entre las ganaderías de Rehuelga y José Escolar, tomó cuatro varas de Espartaco, que ya es mucho decir, y aguantó la faena, aunque con mucho genio y apretando a Miguel Andrades; y, por la parte de los toreros, el espada Juan de Castilla ganó la partida en cuanto al ánimo se refiere a sus compañeros Andrades y Ritter; hizo dos quites arriesgados de gran torería y sus faenas resultaron las más acertadas de todo el espectáculo. Pero lo mejor de toda la tarde, debo ser sincero, fue el anuncio que me hizo Luis Cordón de su nuevo libro. Mientras caminaba por la calle de Alcalá, no dejé de darle vueltas al atrevimiento de mi amigo: ¡Qué valor tiene este hombre! ¡Está acabando de escribir un libro sobre la Edad de Plata del toreo! Fantástico.

Salí al rato de la melancolía y nada más llegar a casa me puse a releer las crónicas taurinas de Sánchez Mejías sobre sus propias actuaciones. Y, después, volví a degustar las páginas Rafael Alberti, en *La arboleda perdida*, sobre la figura de Sánchez Mejías; por cierto, no he conseguido saber con certeza si Alberti se refiere a su elegía o a la de Lorca, cuando escribe: "El entusiasmo taurino de José María de Cossío, nueva amistosa adquisición de nuestras reuniones gongorinas, me llevó una tarde a conocer, en el *hall* del Palace Hotel, a un tipo excepcional, que sería, luego de su horrorosa muerte, *héroe de una de las mejores elegías* derramada de pluma española: Ignacio Sánchez Mejías, tan solo matador de toros en aquellos momentos."[23] Eso digo yo, mientras llega el día (o sea las páginas) de aclarar el asunto, de escribir sobre el "*Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*", de García Lorca, releamos este grandioso poema al lado del no menor prodigioso *Verte y no verte*, la elegía del poeta del Puerto de Santa María a su amigo Sánchez Mejías. En resolución, imposible dejar fuera de las celebraciones del centenario de la Generación del 27 a Ignacio Sánchez Mejías.

III. Poesía y toros. La faena es el poema.

La demostración de lo obvio es una tragedia. No caigamos en ella. Nadie en su sano juicio puede sacar del Grupo poético y cultural del 27 a una de sus figuras más relevantes: Ignacio Sánchez Mejías. Nadie podrá borrar de la memoria su labor de promotor, impulsor y, a veces, alma de esa generación de poetas. Y nadie cuestionará sin sonrojarse que Sánchez Mejías siga siendo uno de los símbolos más importantes de la cultura poética del grupo del 27. La supresión de esta figura, como quiso el ministerio de Cultura de España, en la preparación de los "fastos" del Centenario de la Generación del 27 fue un ataque a uno de sus principales valores: la poesía taurina. La educación del gusto poético de la G-27 se acerca por diferentes caminos a la tauromaquia. Una de esas veredas ha sido poco transitada por el ensayo y la filosofía. Está delante de nosotros, pero se elude bien por comodidad o

[23] ALBERTI, R.: *La arboleda perdida*. Seix Barral, Barcelona, 1975, pág. 239. Las cursivas son mías. La primera edición de esta obra es de 1959, Compañía General Fabril Editora, S.A. Buenos Aires.

quizá por miedo a transitar por terrenos vírgenes. La poesía y la poética de todos los autores del 27 tienen algo en común con la tauromaquia; en las tres artes parece imposible distinguir el proceso creativo del resultado y, a veces, sus momentos más sublimes coinciden, si es que no comulgan, con los más triviales.

Quede claro que no hablo ahora de la metafísica implícita en todo gran poema, tampoco me refiero a la crítica contenida en el poema, sino al procedimiento de su composición. Los "medios" o, si prefieren decirlo de otro modo, los "preparativos", son inseparables del resultado. En la poesía y en el toreo van siempre juntos. Eso es la *faena.* El *poema*. Grandiosa es la exhibición pública, a veces hasta la ostentación, como es el caso de Cernuda en *La Realidad y el deseo*, que llevan a cabo todos los autores del 27 de su proceso creativo. El poema no existe sin mostrar su elaboración. Porque los poetas del 27 sólo quieren ser poetas, únicamente poetas, nos muestran a cada paso sus herramientas, sus medios e incluso sus técnicas para elaborar el poema. Se nos muestra la fachada del edificio junto a los andamios que se utilizaron para construirla. Jugárselas, como el torero ante el toro, es su vocación. Destino. Arte y Crítica son inseparables en la poesía del 27.

De todo ese grupo de poetas del 27 podría decirse algo parecido a lo que mantiene José Mateos de la fiesta brava: "Sólo en el toreo la elaboración de la obra es la obra. Y, por eso, cuando en una plaza sucede eso tan raro, tan prodigioso, tan verdadero que llamamos arte, el público puede asistir entonces a lo que en cualquier otra forma artística –pintura, música, literatura...– se le sustrae: el proceso de la creación." Exactamente eso, la técnica creativa, es lo que da a manos llenas la poesía del 27: pocos poemas ocultan su proceso creativo. La publicidad extrema que dan (a la Forma) al procedimiento, a la técnica, el tratamiento, al medio creador es único, singular, en la historia de la literatura española de todos los tiempos. El resultado de la obra es para esta generación inseparable del medio de creación. El proceso de elaboración de la obra es, sí, la obra. El Arte de la tauromaquia es algo más que un modelo, entre una pluralidad de formas creativas, es el arquetipo de la Poesía del 27: No hay Poema sin Faena. Se muestran con nitidez tanto el edificio entero como los materiales con los que fue construido.

He aquí tres ejemplos tan exactos como deliciosos de esa aseveración del arte de la tauromaquia practicado con especial celo por Jorge Guillén:

Dicen que el 27…
¿Generación, constelación o grupo?
Arte combinatoria de abstracciones
En teoría de una mente exenta
De un enlace vital… con nuestros actos.
Bien compartidos actos por amigos

En mutuas relaciones bien vividas,
El acorde feliz sin coro alguno,
Y desde aquellos años hasta hoy.

¿El 27? Grupo bien unido
Mientras viva.
ya es algo.[24]

Este poema de Guillén titulado *Testimonio*, de la última serie, titulada *Final*, de *Aire nuestro* es sólo un ejemplo entre otros mil sobre la imposibilidad de separar al poema del proceso creativo. Basta darle la vuelta a la página de ese poemario y hallaremos otro titulado *Enemigo*, que ya no se refiere al grupo del 27 sino a la voz propia de Guillén. Estos versos encaran el primero de los grandes reproches que se le han hecho a Guillén: "Ser el cantor de una ridícula disneylandia"

-¿Tiene usted enemigos?
-Uno sólo:
El que me simplifica.

Críticos, casi críticos, veloces,
Repiten frases fuera de contexto.
Y sin haber leído juzgan,
rudos.
´El mundo está bien hecho. `
¡Todavía!
El hombre, si no está desesperado,
Se adhiere a este vivir con sus pulmones.
Es ´Aire Nuestro`,
Y respirando, libre, goza, sufre,
Perdura con su crítica, protesta.
¿Inútil insistir?[25]

[24] GUILLÉN, J.: *Aire Nuestro*. *Homenaje. Y otros poemas. Final*. Segundo tomo. Tusquets Editores, Barcelona, 2008, pág. 1415.
[25] Ibídem, pág. 1416.

Y el tercer poema, titulado *La materia*, muestra con poético rigor que no existe la "poesía pura":

Poesía, espiritual conato.
Por entre las palabras y el espíritu,
Intuiciones, visiones, sentimientos,
Jamás pura abstracción. Se apoya siempre
Sobre eso que está ahí, total materia,
Compacta de elementos muy concretos
Que nos salvan: rehúsan el vacío.[26]

Y si alguien necesitase de más información sobre la elaboración de este poema, Guillén hace público, en el encabezamiento del citado poema, los versos de Murilo Mendes, en "Poesía em Panico":

A materia e forte e absoluta;
Sem ela não ha poesia.

Para toda la G-27 la elaboración de la obra, el tratamiento creativo, coincide con la obra, con lo creado. Es una generación taurina. La faena, o proceso de la preparación, es el resultado. No existe poema sin faena, o mejor, la faena es el poema. Guillén es todo un ejemplo de esa poética, a todas luces, taurina, pero no le van a la zaga los otros componentes del grupo… He aquí un poema de Gerardo Diego que confirma nuestra apreciación, corresponde a la *Segunda antología de sus versos (1941-1967)*, fue escrito en 1941, bajo el provocativo título *Dicen que ya estoy maduro*, la "poética" -más pública no puede ser- que contiene es inseparable del poema:

Dicen que ya estoy maduro,
que se conoce en mis versos,
y al que ayer joven poeta
hoy le pretenden maestro.

Dicen que ya estoy maduro,
que se conoce en mis versos

[26] Ibídem, pág. 1417.

y en no sé qué de mi voz.
Pronto me han de llamar viejo.

Pero a mí ya no me importa
porque he aprendido en mis textos
que se vuelve del revés
como un dócil guante el tiempo.

En mi bolsillo me bailan
con los años venideros,
los que viví y vivo, y siempre
cultivo y mimo en mis huertos.

Todo es una flor de estambres
y de pistilos concéntricos,
flor que gira y se deshoja,
una sola flor el tiempo.

Dicen que ya estoy maduro
y hasta debe ser cierto,
que a las dos de la mañana,
mientras dibujo estos versos,

cierro los ojos y escucho
cómo florece el silencio,
cómo presiden los ritmos
el sosiego de lo eterno.

Los ritmos que aquí en mi casa
-contrapunto- están latiendo,
cuatro -misterio- inocencias
en cuatro menudos lechos.[27]

[27] DIEGO, G.: *Segunda antología de sus versos (1941-1967)*. Austral. Espasa-Calpe, Madrid, 1967, págs. 45 y 46.

Si la faena -la técnica de creación- es el poema, entonces tiendo a pensar que la poesía del 27 es todo un continente filosófico aún por descubrir. Sin crítica, sin estética, en fin, sin filosofía no hay poesía. Bastaría detenerse en uno de sus apartados, por ejemplo, la poesía taurina, que ocupa muchas páginas ELCOSSIO, ese grandioso tratado-enciclopedia sobre *Los Toros*[28], para meditar sobre la imposibilidad de separar la filosofía de la poesía, o mejor, la poesía de la filosofía, a la hora de "ordenar", contar e incluso explicar con disciplina intelectual y rigor poético qué es una corrida de toros. Esta manifestación artística, el arte de la lidia de un toro bravo, es tan compleja, o sea tan bravía, que pide ser tratada con poética filosofía. Eso es la Generación del 27. Metafísica. Gran metafísica. Un grandioso tratado sobre el Ser, incluido el del Toro-Torero, de España.

Ningún poeta del 27 dejó jamás de interesarse por la tauromaquia. Poetizaron bien y con perseverancia el mundo de los toros. El poeta, como el torero con el toro, se la juega en cada poema. Ser poeta es arriesgado… La entidad de la corrida de toros, captada en múltiples actividades plásticas, especialmente en la pintura, ha sido pensada con sutileza ontológica por la poesía del 27. El gozo, o la decepción, de la contemplación de una corrida de toros es *más* gozo -no es ahora el momento de hablar de expectativas defraudadas-, si nuestra sensibilidad fue desarrollada bajo el "criterio" de que el poema, como la obra taurina, no es sin su proceso de creación. Sin ese criterio creo que es una temeridad escribir sobre toros y toreros, sobre aficionados y espectadores a esta singular representación teatral, que no otra cosa es una corrida de toros, prescindiendo de la ontología desplegada por la "filosofía" del 27 sobre la corrida de toros. Quien desconozca esa ontología, ese "tratado" sobre el ser de la corrida de toros, que coincide con el ser del poema, estará despidiéndose de una dimensión clave de nuestra civilización.

El grupo de poetas del 27, dicho en corto y por derecho, sigue siendo una fuente clave de sabiduría y sensibilidad taurinas para quienes traten de construir un *Manifiesto* para combatir a los prohibicionistas de la tauromaquia. Es menester reconocer que pocas filosofías hallaremos en nuestro tiempo comparables a las contenidas en los poemas taurinos del Grupo del 27. Gracias a esos "poemas" hallaremos la verdad, o mejor dicho, la realidad que nos vela, oculta y esconde el *yo* moderno. La subjetividad tramposa, la subjetividad de la modernidad, fue desvelada, en cierto sentido aniquilada, por la "aparición" límpida de lo real. Asistimos, sí, a la Epifanía de la REALIDAD, del Ser. Toro y toreros son reales. Sobre ese Ser, previo a cualquier verdad, está construida la poesía taurina. Toro y torero están en el mismo nivel de realidad.

Por fortuna, la poesía taurina sigue siendo muy rica en España y no faltan extraordinarias reflexiones, "teorías", sobre el misterio de la tauromaquia, o acaso no es una grandiosa filosofía, una genuina poética, la película de Serra: *Tardes de soledad*. Epifanía, sí, adoración de la realidad, de la

[28] COSSÍO, J. M.ª: *Los toros*. II, op., cit.

radical soledad del toro y el torero. Cada uno va por su lado y, a veces, se encuentran. ¿Acaso hallaremos algo más real que la primera escena de esta película: el bufido de un toro bravo en la noche?, ¿la imagen fiera de un toro bravo en la obscuridad de la noche nos hace real el peligro de muerte de un dragón?, ¿hubiera sido posible, en fin, esta película sin la inspiración de toda la corriente literaria, especialmente la del 27, que se ha detenido con morosidad intelectual en la ontología del toro bravo y por extensión de la corrida de toros? No.

Extraordinaria fue mi primera impresión de la película de Albert Serra, *Tardes de soledad*. Terminó la proyección y me quedé con ganas de verla otra vez. Todo era real. Mi crítica no puede ser otra cosa que un breve despliegue de esa impresión. Estamos ante una grandiosa obra de arte. Cine en estado puro. Cine es, en efecto, la conjunción de imágenes y sonidos. Cine para mostrar a España abierta en canal. O sea España es la corrida de toros. El protagonista es el toro: el animal totémico de la última religión pagana de Oriente y Occidente. No es el toro bravo un sucedáneo ni una representación del dragón con el que lucha San Jorge. Es su encarnación. ¿Religión pagana? Sí, la única capaz de absorber y deglutir millones de falsos diosecillos de un mundo que escupe a Dios y da la espalda a la muerte. El espectáculo más anacrónico de nuestro tiempo, quizá de todos los tiempos modernos, aparece como alternativa a un mundo melifluo de emociones y sin columna vertebral, sin principios morales, para enfrentarse a lo real. Al toro de la vida: la muerte.

El toro bravo, grandioso y totémico animal, da algo más que *identidad* a una civilización. Es una unidad de medida del grado de espiritualidad y lucha, de miedo y valentía, ante la vida como tragedia. Aquí hallaremos, tocaremos con la yema de los dedos, la tragedia humana, el drama terrible, del hombre en vilo ante una bestia mítica, grandiosa, el toro bravo. España. El estremecimiento humano ante la muerte, el temor a perder la vida, siempre fue resuelto en España a través de la plástica. Ahí exactamente se sitúa Serra. El pánico a morir es captado, expresado, como en las mejores etapas del barroco español. La muerte y la vida van entrelazadas. Magistral argumento es ese entrelazamiento para una película universal, realista y poética. Española.

Y universal, sí, porque esta obra será entendida lo mismo por un español que por un británico, por un francés o por un canadiense; el mundo entero comprenderá lo que lleva adentro la inseparabilidad de la vida y la muerte. El canguelo hondo, el miedo metido en nuestras entrañas, ante un animal creado por el hombre sólo para luchar, luchar y luchar hasta matar a su oponente es captado con precisión y rotundidad. Gutiérrez Solana, gran escritor y extraordinario pintor de *La España negra*, se sentiría reconfortado, satisfecho, si pudiera ver la película de Serra que, por momentos, parece una mimesis recreativa de algunos de sus cuadros taurinos, cuando no la transubstanciación al cine de algunas de sus espeluznantes descripciones de una tarde de toros.

La película de Serra está al alcance de todos. Es real. Nada que ver con lo críptico o incomprensible. Es una película realista. Exacta. Poética. A través del toro vemos, oímos y sentimos la vida

y la muerte. El toro bravo, "hecho", "criado" y "creado" por el hombre para luchar, es fiel a su destino: matar y morir. El toro bravo lucha como el humano respira. A eso debemos enfrentarnos. El resto son zarandajas. Eso es lo que muestra Serra. Lo hace con pasión y razón. Trata de llegar a todos y no sólo a un sector de la sociedad. El cine de Serra como nuestra plástica, o mejor, nuestras Bellas Artes, siempre tuvieron una voluntad de universalidad. No necesita Jeremy Irons, el grandioso actor británico, a un torero retirado, pongamos que hablo de Rivera Ordoñez, para que le explique la película de Serra. Claro que los aficionados a la tauromaquia, bienaventurados de verdad, verán matices y detalles que no ven los no aficionados, pero esa es otra cuestión. Lo decisivo es que la embestida del toro y la capacidad de recortarla del torero, componentes esenciales de la tragedia humana, es entendida y sentida por cualquier individuo con capacidad de tener una experiencia moral y artística.

Lejos de cualquier experimento al uso de las brumas germánicas, o de cualquier otra atmósfera de la Europa del Norte, estamos ante una película "realista", cervantina, que no necesita de mediadores y "críticos" para ser comprendida. Absténgase, pues, los sabihondos del "arte taurino", o del cine de "arte y ensayo", de "traducirnos" la verdad contenida en esta obra. Esa pretensión es tan ridícula como quien trata de "escribir", "reescribir", "traducir", dicen los perpetradores de semejante majadería, el *Quijote* para nuestro tiempo. Serra no pretende hacer experimento alguno con la corrida de toros. No quiere llevar al espectador a una experiencia nueva ante la muerte de un toro de lidia, tampoco especula sobre el miedo del torero ante la fiereza terrible del animal. Serra es mucho más clásico que toda esa falsa reflexión sobre la muerte, vulgar faramalla de la modernidad, que intenta negar lo obvio con razonamientos morales. Serra solo nos muestra su visión de la fiesta brava sin trastocar, como se hace muy frecuentemente, su carácter de lucha a muerte por el de la pura complacencia "plástica", y viceversa.

Es cierto que Serra apuesta antes por el toro que por el torero, más por el fondo del espectáculo, el miedo ante la muerte, que por la forma como el torero sortea el peligro de cogida, o sea de muerte. Sí, es más torista, diría un sector de los aficionados a los toros, que torerista, pero lo fundamental, el problema del sentimiento trágico de la vida, apenas lo trata con categorías morales sino plásticas, o sea, en su caso cinematográficas. La obsesión de la muerte, tragedia universal de la humanidad, a Serra, como a otros millones de españoles, le gusta verla solucionada (sic) en el ruedo de la plaza de toros. La muerte es un asunto antes plástico que moral, antes cinematográfico que ideológico. Los nuevos instrumentos de la técnica del sonido y de la imagen no son utilizados por Serra para "experimentar", jugar y cosas de ese jaez, sino para mostrar que la contextura mental y sensible de los españoles les sigue inclinando antes por el arte que por el discurso. Esto no es IA, con todos mis respetos a esta nueva creación de la Inteligencia Humana, sino una nueva manera de expresar la pervivencia del estremecimiento ante la muerte. Y lo ha conseguido con cartesiana racionalidad. La composición, quizá eso lo llamen montaje los expertos en la cosa del cine, es cuasi perfecta:

la descripción y la explicación, la narración (sic) y el juicio sobre lo narrado, van unidos, o mejor dicho, sincronizados como la maquinaria del mejor reloj suizo.

El film de Serra es, sí, cine crítico, estético, como casi toda la poesía taurina de la Generación del 27; sí, todo poema, cada verso, como las imágenes y cada fotograma de *Tardes de soledad*, contienen su crítica. Por eso, precisamente, están en las antípodas de los experimentos crípticos del "arte" brumoso de corte idealista, utópico o, para el caso es lo mismo, distópico. Es arte español. No importa que lo reputemos de realista o expresionista, claro u obscuro, lo decisivo es que la plástica se sobrepone a todo, incluso a la moral. Porque claras y distintas son las imágenes y los sonidos, nadie quedará fuera de juego de lo que está viendo y oyendo. Aquí Serra nos gana por goleada. Nos impresionan las imágenes de los planos cortos, rectangulares, porque gracias a ellas vemos el todo o lo imaginamos, pero aún nos sobrecogen más y nos mantienen en vilo los sonidos, el bufido del toro, la respiración y los comentarios de los toreros… Visión y sonido para mantener al "hombre en vilo". Ver, sí, es importante, como diría Antonio Cuadri, porque el sentido de la vista nos permite ver un rostro que es como observar el espejo del alma, pero oír, ay, oír el sonido de un animal, el del toro, o el de un hombre, es ver su alma. Imágenes y sonidos expresan permanentemente, incluso en los momentos de más impecable perfección y sosiego, líneas inquietas y gestos crispados de terror.

Tardes de soledad es, además, un documento extraordinario para que los futuros historiadores de la España contemporánea indaguen que el *animalismo* ("amor" exasperante hacia los animales, franciscanismo llevado a su extremo que nos convierte en inhumanos) fue (es) pura filfa, morralla, de una época (hoy) sin apenas principios morales, insincera y cínica, que por fortuna tuvo (tiene) en las corridas de toros la oportunidad de asistir a algo *auténtico*: ver a un animal mítico, grandioso, un toro bravo, cuyo destino no fue (es) otro que exaltar lo que a todos nos iguala: el estremecimiento ante la muerte. Los planos cortos de esta película, lejos de impedirnos ver el horizonte todo, iluminan por momentos toda nuestra existencia: nos permiten ver de modo transparente la fugacidad de la vida. Película filosófica, literatura a la española, porque va de lo contingente, sensible y cambiante a lo universal, necesario e inmutable. Nadie cambiará la muerte… Todos tenemos que morir. He ahí lo que ve Serra con categorías estrictamente hispánicas, que convierte en universales, por el grandioso motivo elegido, la tauromaquia, con un obvio argumento: España.

La primera escena me agarró el alma. El resto fue coser y cantar. Me hizo olvidar por completo de las urgencias de la vida cotidiana para vivir de cine. Nada del mundo exterior me afectaba. Me pareció estar en Las Ventas. Fui ajeno a las contradicciones vulgares de la existencia. Me sentí un *bienaventurado*, o sea un aficionado a los toros, mientras duró la proyección. El bufido en la noche de un bello toro negro sintetiza toda la película. El resto es explanación sutil del sacrificio de un animal totémico, el toro bravo, en una corrida de toros. La muerte es la protagonista. Jamás falta a la cita.

En fin, querido lector, si ha llegado hasta aquí, gracias por dedicarme una de las cosas más valiosas de su vida: el tiempo. Gracias y perdone la reiteración: el objetivo de este ensayo, una parte ocupada por la investigación y la otra mitad, por la creación, no ha sido otro que contribuir con mis elucubraciones a la construcción de un *Manifiesto* taurino para las nuevas generaciones de aficionados. Y, de paso, he dejado caer una sencilla idea: la crueldad (sic) del espectáculo taurino desaparece vista a través de las artes, la poesía y la filosofía.

Vale.